

## homenaje de la sociedad de escritores de chile

Ha dejado de pensar, ha dejado de sufrir, y ha dejado de vivir, uno de los hombres más sobresalientes que yo haya cruzado en el camino de mi vida. Escritor, crítico, filósofo, abogado recibido en la Sorbonne en Derecho Internacional, Ministro de Estado en dos ocasiones, y en dos ocasiones Embajador, etc.

Cuando lo salieron, del Ministerio de Relaciones, donde vació por años su enorme capacidad de conocimientos, se recluyó en su valiosa biblioteca, que fue enriqueciendo en sus viajes por el mundo. Trabajaba los días enteros y seguía haciéndolo hasta altas horas de la noche, pues decía le quedaba aún mucho que aprender y ya había cumplido sus ochenta años.

Ha quedado mucho escrito que no alcanzó a publicar, tal vez por no saber que le iba a faltar vida para hacerlo. Tenía terminado un libro sobre Madame de Stäel, que ojalá lo publicara su familia, y según me ha contado una de sus hijas, hay una sala atochada de escritos de todo orden, que nadie sabía existía y donde ellas van a desenterrar todo lo interesante. Ultimamente estaba haciendo un trabajo sobre el tema del espacio.

La Revista "ATENEA", fundada por él, fue durante años un valioso exponente de la cultura nacional. Nuestro escritor colaboró en ella 15 años, aportando artículos y críticas de gran valor literario y humanos que he encontrado revisando la magnífica colección de "ATENEA". Escribía bajo el seudónimo de Licenciado Vidriera, lo que demostró en su tiempo su afición por el incomparable personaje de Cervantes, en una de sus más afamadas novelas ejemplares. Poseía una pluma intensa; pero nunca incisiva y que fue siempre muy celebrada por su justeza.

Profundo conocedor de la evolución del pensamiento y de las ideas políticas de las naciones de América, cooperó siempre con generosa dedicación al mejor conocimiento del avance cultural de los pueblos, herederos permanentes del espíritu creador de nuestros antepasados españoles.

El escritor propiamente dicho, tuvo en diversas ocasiones valiosas coyunturas para ofrecer el buen ejercicio de sus excepcionales condiciones, como defensor de la gran herencia, dejada a través del tiempo, por la cultura grecolatina, que sustenta nuestras virtudes humanísticas, y supo con las armas siempre nobles y limpias, de buen estilo, refutar ideas y disentir lo que él, con su enorme conocimiento de la literatura, no encontraba justo.

Así publicó su libro "Intelectualización del arte", refutando al gran escritor Ortega y Gasset, por él reconocido siempre, menos en su obra "Deshumanización del arte", muy discutida también por grandes valores europeos. Refuta en su libro, entre otras cosas, lo que Ortega dice: que deshumanizar equivale exactamente a desrealizar o deformar lo real y que estilización, implica deshumanización. La deshumanización del arte, dice Cruz Ocampo, no aporta elemento alguno que permita caracterizar la producción artística de nuestros días. Inicia su libro diciendo: "Dentro de las letras españolas, Or-

tega y Gasset ocupa un sitio cuya legítima posesión no podrán discutírsela”; pero en este libro que titula “Intelectualización del arte”, no está de acuerdo con él en muchas de sus acepciones; este libro fue muy bien criticado. Este escritor, que hoy día recordamos con cariño y admiración, era un hombre extraordinario, pues su cultura era universal; abarcaba todas las ramas del saber, debido primero a que fue un incansable lector y a que además su memoria era tan grande, que le ayudaba a retener hechos, nombres y fechas de todos los tiempos. De la materia que se tratara, él estaba al día en conocimientos.

Como hombre, olvidando, si esto fuera posible, la persistencia de su espíritu largamente cultivado, debemos recordarlo en el ámbito social, en sus relaciones con los demás seres, que al tratarle con admiración y respeto supieron valorar sus virtudes de gran señor y de arquetipo que significaba en todo sus actos, los esplendores intelectivos de las más relevantes etapas de la vida chilena. Hacía gozar con su conversación siempre brillante; pero a la vez escudada en una contención de expresiva elocuencia; oírlo era asomarse a un espíritu refinado, atrayente e inolvidable, por sus relieves de excepción. Su bonomía, le inclinaba a vivir siempre preocupado de los acontecimientos literarios, hasta tal punto, que desde su sitio educativo en la Universidad del Sur, dio vida y normas permanentes que no desdeñando los principios éticos de Aristóteles, sostuvo sin interrupción alguna, sus sentimientos de inobjetable y aleccionador maestro, en proyecciones elevadamente cristianas.

Siendo su espíritu siempre joven, pues como en todo hombre que estudia y analiza los múltiples aspectos de la vida, su temperamento estuvo inclinado a toda renovación sin sujetarse enteramente a la consigna Dannunziana de “rinovarse o morire”, él aceptó todo nuevo horizonte, infiltrado de que el mundo sigue su curso por caminos de esperanzas. No renunció a su espíritu conservador, puesto que conservar significa mantener siempre vivo el concepto de lo clásico.

Luis David Cruz Ocampo nació en Concepción en ambiente opulento, pues su familia era de rancio abolengo. Allí cursó sus primeros estudios, después, en la Universidad de Chile siguió leyes y filosofía. Se especializó, ya lo saben, en Derecho Internacional, estudio que completó en París en La Sorbona, por supuesto que costeados sus gastos y los de su familia de su propio peculio.

Volvió a Concepción terminados sus estudios, empezó a trabajar intensamente y después de salvar muchos escollos, fundó con don Enrique Molina la Universidad de Concepción.

Como es de comprender, esta armonía constructiva no admitió, pese a su compenetración, un sacrificio de ideas personales, pues si el pensamiento de don Enrique Molina se inclinó a un liberalismo que no hurtó preferencias por la filosofía imperiosa de Federico Nietzsche, mientras tanto su colaborador permanente se mantuvo en sus clases y en sus escritos, en un terreno que no desdeñando los principios éticos de Aristóteles, sostuvo sin interrupción. No solamente fueron amigos y comprensores de sus respectivas obras, sino que complementaron sus propias ideas y esfuerzos al fun-

dar la Universidad de Concepción y sus centros de preparación científica, sobre un sistema ideológico que tenía por norma el difundir las aspiraciones y resoluciones del más puro y elevado humanismo. Ambos desconocían todo impulso que pudiera tildarlos de egoístas, pues, por el contrario, supieron ofrecer a esa nueva casa de sabiduría los contornos propios de una entidad, que al cimentarse en el sur del país, venía a reforzar y a expandir el saber humano a lo largo de toda la Nación, pues por condición de hombres elegidos para ejercer inspiración de mentores, comprendían que la Universidad, sea donde esté situada, es un estamento que debe poseer flexibilidad en su acción educativa, sin olvidar que su propio título significa Unidad en lo Diverso.

Después de esto, Luis David emprendió la más difícil de las tareas, la fundación de la Lotería de Concepción, que tanto aporte ha dado a la Universidad, y que le provocó infinitas molestias y angustias, pues tuvo una oposición cerrada de gran sector de la ciudad; pero él heroicamente defendió su proyecto, siempre ajustado a la ley, pues los contrarios alegaban que era inmoral que la Universidad se financiara con dinero procedente de la suerte. Sería interesante poder contarles las miles de dificultades que sufrió antes de lograr imponer su proyecto, que como gran jurista tenía bien estudiado, para que no se apartara un punto de la ley. Para ello redactó un recibo que decía: "Recibí del señor XX la suma de cinco pesos, para el mantenimiento de las Escuelas Universitarias". Al pie de la nota decía más o menos: "Consérvese este recibo que le da derecho a participar en el sorteo que se indica a la vuelta"; y a la vuelta explicaba que este dinero era para ayudar a mantener la Universidad de Concepción (que ya estaba muy desfinanciada). Durante un buen tiempo los recibos llevaron la firma de Luis David Cruz Ocampo. Para terminar con la Lotería voy a leerles un trozo escrito por él mismo, de un largo informe, en que explica sus torturas hasta lograr sacar adelante su proyecto: "El día del sorteo. De todos modos en la mañana del día 8 de octubre, fecha señalada para efectuar el sorteo, el dinero colectado no bastaba para cubrir los premios. En las últimas horas de la tarde todavía se vacilaba entre la realización y la suspensión del sorteo. Los partidarios de no retroceder en la tarea ya empeñada sosteníamos que debía esperarse algunas horas más, porque el sorteo estaba anunciado para el día 8, que terminaba a las 12 de la noche. Por fortuna, hacia las 8 de la tarde, la Universidad estaba en condiciones de efectuar el sorteo, que se realizó inmediatamente en la sala de sesiones de la Municipalidad, que ya estaba preparada para el caso".

Nuestro escritor hoy recordado, era por sobre todo un filósofo; poseía una innata bondad y una sencillez para situarse en la vida, que eran admirables. Tenía un alto grado de humanidad, que lo hacía comprender, perdonar y olvidar lo desagradable, sobre todo lo sin remedio. Pero después, los muchos desengaños y sufrimientos que tuvo en su vida, como los recibe todo ser superior, le fueron minando su espíritu con un dejo de desilusión, que él trataba de ocultar; pero que a veces, a pesar suyo traslucía. Esta situación síquica lo mantenía en una tesitura de apartamiento, de retiro, actitud forzada para un temperamento de hombre preparado para las expansiones del saber. Este ademán silencioso no condecía con la trayectoria de hombre es-

tudioso, analítico y que impulsado por su intensa generosidad, había sabido entregarse siempre por entero.

Tuvo un culto, casi sagrado por su hogar, por su esposa señora Amelia López de Heredia, sus 4 hijos y su nuera rusa. Ellos tienen hoy día casi la sorpresa de darse cuenta de lo cautivante y elevado de su espíritu, y sobre todo del enorme caudal de saber que escondía, pues nunca lo oían hablar de sus éxitos, sólo lo sabían silencioso y hermético.

Yo estoy en este homenaje muy complacida, por haber sido elegida por el Directorio de la Sociedad de Escritores de Chile, institución de la cual, él fue uno de sus fundadores, y aportó como Director su criterio, su saber y su ayuda a solucionar cualquier situación difícil que se presentara. Colaboró, además de "ATENEA", en la revista de "Los Diez" y en "Nosotros", de Buenos Aires, en "Hoy", de Santiago, y en el diario "La Hora".

Dictó más de 30 interesantes conferencias de su paso por Europa y Rusia, e hizo un brillante alegato sobre los Derechos Humanos en las Naciones Unidas.

Como demostración a sus altos méritos, el Gobierno lo mantuvo en dos ocasiones en la cartera de Educación.

Sicólogo por naturaleza, interesado en todo lo relativo al mundo de las ideas, no es extraño que aceptara como feliz coyuntura los afanes progresivos de la humanidad. Por ello aceptó representar a Chile como Embajador ante la Santa Sede con el fin de compulsar personalmente las palpitaciones de una vieja amistad entre nuestro país y los pontífices de Roma. En casi nueve años de permanencia en la ciudad eterna pudo reconfortar, si esto cabe, sus conocimientos de cristiano puro. Así reconoce que es estéril toda política que se ausente de la doctrina de San Pedro, pues era buen conocedor de las Encíclicas Pontificias, que como la Rerum Novarum de León XIII, se dedicaron con elevada piedad a ocuparse de los problemas de los dolores humanos, tan visibles y experimentados en las clases populares.

Todo ello hace comprender lo que le hizo pensar que el fenómeno social de las Repúblicas Soviéticas le brindaría la oportunidad para enfrentarse al ideario de un socialismo, con caracteres y prácticas de una resurrección de sentimientos humanos quebrantados por las dos guerras mundiales de este siglo. Fue así, como guiado por su altruismo, aceptó complacido el representar a Chile como Embajador ante el gobierno de los soviets, en la creencia de que el sistema preconizado por una etapa de dolor conservaría en el fondo las virtudes esenciales de lo que fue antaño la llamada Santa Rusia, y que a veces era tan poco santa.

Pero la experiencia vivida, siempre lejana de la realidad palpable, vino a destruir sus ilusiones. Y el sociólogo que siempre se anidaba en su temperamento hubo de sufrir las consecuencias y contratiempos, propios de la confrontación que habría de desorientarlo, en cuanto a lo que se refiere a hechos diferenciales, tan notorios, cuando las ideas vertidas con falso idealismo se truecan en un desmentido de lo que se preconiza en palabras y no se cumple en los hechos. Esta diferencia tan remarcada entre lo que aspira ver, y lo que en realidad se juzga con los ojos, produjo en él, espíritu siempre amante de la verdad, un desconcierto que se tradujo en una actitud tan silenciosa como prudente, oculta para no acentuar los efectos de tan ines-

perados contragolpes. Esta época encerró para él y su familia la gran tragedia de sus vidas.

Voy a leerles una corta comunicación recibida por su familia, del abogado Ramón Domínguez Benavente, dirigida al presidente del Consejo del Colegio de Abogados de Concepción: "Señor presidente: recientemente ha pasado a ser sombra entre las sombras don Luis David Cruz Ocampo. Sin ánimo de formular recriminaciones, esperaba que alguna comunicación de ese Honorable Consejo testimoniara, públicamente, el sentimiento de pesar que debió embargar al organismo que usted preside ante el desaparecimiento de tan distinguido abogado, que prestigió la Orden con su talento, su cultura, su honorabilidad y su vida privada intachable. Como no he leído nada sobre el punto, espero que no por falta de información del suscrito, me tomo la libertad de recordarle al Honorable Consejo, por su digno intermedio, los servicios prestados a la Orden por el querido Maestro de tantas generaciones para que, si ese Honorable Consejo lo tiene a bien, instituya un premio con el nombre de "Luis David Cruz Ocampo" a la mejor práctica jurídica de los postulantes del Servicio de Asistencia Judicial del año 1973, que podría consistir en un diploma y un pequeño estímulo de veinte mil escudos, que desde luego pongo a disposición de ese Honorable Consejo y para los fines supradichos. Además, queda implícita la sugerencia, como ya es tradicional, que una fotografía del señor Cruz Ocampo sea colocada en la sala de Sesiones del Honorable Consejo.

Deseo añadir algunos antecedentes relacionados con el ilustre finado y para que los señores profesores tengan elementos de juicio al tomar los acuerdos, si es que usted se digna poner esta comunicación en conocimiento de la H. Facultad. En efecto, el señor Cruz Ocampo, biznieto de Gabriel Ocampo, se desempeñó en la Escuela de Derecho como profesor de Derecho Internacional Público y de Historia General del Derecho. Esta última Cátedra la dejó en 1934, para pasar a desempeñarse como Director del "Instituto de Enseñanza Práctica", creado en ese año por la Honorable Facultad. La Cátedra de Derecho Internacional Público la mantuvo hasta octubre de 1939, porque ese mes partió a Roma como Embajador de Chile ante la Santa Sede. Como lo sabe el señor Director, el señor Cruz Ocampo fue, además, **fundador efectivo** de la Universidad de Concepción, más tarde su Secretario General y, en fin, el primer Director de la Biblioteca Central de esa Casa de Estudios, cargo que desempeñó hasta su partida a Italia. Todo lo anterior apoyado en el hecho de que el señor Cruz Ocampo fue presidente del Honorable Consejo del Colegio de Abogados de Concepción".

Fue condecorado con las más altas condecoraciones por el Vaticano, Francia, España, Ecuador, Argentina y República Dominicana.

Diré nuevamente que siempre he pensado, después de haber tenido el privilegio de ser su amiga y de haber disfrutado de su talento, en diversas instituciones, que así como hay premios para la Paz, las Ciencias, la obra Literaria, etc., debería instituirse un premio que podría titularse "Al talento integral", que abarcara Inteligencia, Cultura, Humanidad, Abnegación y Saber. Si esto hubiere acaecido, lo habría obtenido con toda propiedad Luis David Cruz Ocampo.

**Patricia Morgan**